

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIOS

VIUDA É HIJOS

DE

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

FUNDADOR

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Río de la Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.

Madrid 21 de Diciembre de 1878

NÚMERO 23

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por Ovíllo.—La España que se va, por D. Gabino Tejado.—La Virgen Santísima y el arte cristiano, por D. Manuel P. Villamil.—El Nacimiento de Dios, poesía, por D. Juan Arolas.—Catedral de Santo Domingo de la Calzada, (conclusion), por D. Ignacio Alonso Martínez.—El Castillo de Terçopelo, novela de Pablo Feval, traducción de D.^a Balbina Antunez.

GRABADOS. Retrato del Ilmo. Señor Dr. D. Fr. Pedro Nuñez Pernia, Obispo de Coria.—Puerta de la Justicia de la Alhambra.—Adoracion de los pastores, cuadro de Murillo.

bertad de cultos, la *Carta á una carmelita*, escrita con erudicion y celo apostólico, y el *Catecismo filosófico moral práctico*, compendio de sagrada ciencia, hecho con mucho método y suma claridad.

Puerta de la Justicia en la Alhambra.—Es en el día la entrada principal de este alcázar árabe, y conserva todavía sobre la piedra fundamental de su arco en herradura el supuesto reto alegórico de

los árabes á sus enemigos, que consiste en una mano extendida hácia una llave: *la Alhambra no será tomada sino cuando esta mano coja la llave.*

La llave y la mano esculpidas en esta puerta son, sin embargo, símbolos litúrgicos de los árabes, pues el Korán habla varias veces de la *mano* de Dios y de la *llave* del cielo, confiada al Profeta para abrir sus puertas á los creyentes.

NUESTROS GRABADOS

Ilmo. Sr. Dr. D. Fr. Pedro Nuñez Pernia, obispo de Coria.—Pertenece este venerable prelado á la ilustre prosapia de los marqueses de los Salados, y nació en Benavente el día 1.^o de Agosto de 1810. Desde los primeros años se distinguió por su inteligencia y por la delicada ternura de su alma, despertándose en él vocacion irresistible por el sacerdocio. Estudió con lucimiento gramática y filosofía en la universidad de Valladolid, y despreciando las pompas del mundo, que se le ofrecían con seductor halago, vistió el burdo hábito monacal, ingresando en 1824, esto es, á los 14 años de edad, en el Real monasterio de San Benito de Sahagun, en donde cursó teología, y permaneció hasta ordenarse de presbítero, y hasta que la revolucion le arrojó del claustro.

Vivió algunos años de clérigo, llevando vida ejemplarísima, consagrada al estudio y á la caridad, hasta que en 1853 fué nombrado canónigo de la Catedral de Menorca. A los dos años de residencia en esta ciudad, fué nombrado para una Prebenda de la Iglesia Catedral de Barcelona: el año 57 pasó el Sr. Nuñez Pernia á ocupar un canonicato de la Iglesia primada de Toledo, dejando muy grata memoria de sí en la capital del antiguo Principado de Cataluña. Graduóse en Toledo de licenciado y doctor en Sagrada teología. En 1862, fué promovido Abad de la Colegiata de Jerez de la Frontera, y á los tres años de desempeñar este cargo, se le dió el nombramiento de Arcediano de Toledo. El acierto y el brillo con que ejerció esta dignidad, le hicieron acreedor á más alto puesto, y el 24 de Setiembre de 1868 fué preconizado por Su Santidad para el Obispado de Coria.

Considerables trabajos llevó á cabo el Sr. Nuñez Pernia gobernando su diócesis en dias tan calamitosos y aciagos para la Iglesia. Su firmeza y su caridad, no se desmintieron un sólo momento, consiguiendo hacerse amar y respetar hasta de los enemigos de la religion. Es notable la exposicion dirigida á S. M. por este celoso Obispo sobre la li-



ILMO. SR. DR. D. FR. PEDRO NUÑEZ PERNIA, OBISPO DE CORIA

La de la Justicia es una de las más bellas de la Alhambra, celebrada por los poetas, embeleso de los pintores, monumento insigne de la arquitectura árabe en España.

Adoración de los Pastores.—Cuadro de Murillo.

REVISTA DE LA SEMANA

¡Noche-Buena! ¡Qué de impresiones consoladoras no despierta en el ánimo esta palabra! ¡Qué mundo de ideas y de recuerdos! ¡Es la única noche que celebra la Iglesia, que ama sobre todas las cosas la luz, porque en esa noche, hace diez y ocho siglos, el humano linaje oyó resonar en lo alto de los cielos aquellas palabras de redención: ¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad!

Estas palabras, selladas después con la sangre del Divino Cordero del Gólgota, son hoy todavía y serán eternamente el consuelo de los atribulados, la esperanza de los que padecen persecución por la verdad, la estrella conductora de todos los desheredados de la tierra.

Esta divina promesa mantiene la serena tranquilidad del alma en medio de las tempestades de la vida en todos aquellos que echan el áncora, no en las playas terrestres, sino en los celestiales horizontes de lo infinito.

A las palabras del ángel de Belén, un estremecimiento universal agitó la tierra, y todos los ojos se volvieron hácia aquel olvidado rincón de Oriente, en donde el Rey de los reyes entraba en la vida mortal por las puertas de la pobreza y del dolor.

Desde entonces, siempre que llega el aniversario de aquella noche que dió á todos los mortales el derecho de ciudadanía en la Jerusalem celestial, los corazones de buena voluntad parece como que se visten de gala; los ancianos se vuelven niños, y los niños se vuelven ángeles, y todos cantan, porque el canto es la lengua del amor. La Natividad del Redentor del mundo, es entre los cristianos la fiesta doméstica por excelencia. Es la fiesta que congrega las familias, que une las voluntades, y que enlazando suavemente todos los años la cadena de la existencia, la levanta de la tierra hasta unir-la con otra misteriosa cadena que desciende de lo alto.

La ausencia del hogar siempre penosa, lo es especialmente en esta noche de bendición. No hay corazón, por descastado que sea y por apartado que se encuentre de las playas natales, que no se traslade en esta noche con el pensamiento á los sencillos agapes de la casa paterna, y no siga con la imaginación y con el deseo las inocentes y bulliciosas peripecias del festín de Navidad.

Un asiento vacío en la mesa cuando se celebra el nacimiento del Redentor, es siempre una sombra que destruye la armonía del cuadro. Las madres suspiran, los padres apartan la vista, y los niños se preguntan.—¿Qué hará? ¿dónde estará ahora? ¿cuánto sentirá no hallarse entre nosotros! Pasar la Pascua en familia es el afán de todos los ausentes que la tienen. Por gozar de esta dulzura se arrostran dispendios, se hacen soportables las mayores fatigas, se trasponen los montes y se atraviesan los Océanos. El atractivo que ejerce esta solemnidad en la familia, el carácter amable de que la han revestido la Iglesia y las costumbres, la concentración de regocijo y de íntima unión que produce en los hogares cristianos, dicen bien claro que en esta noche se celebra el nacimiento del Padre espiritual de todos los mortales, del bienhechor de la familia humana.

También en estos días la Iglesia se permite alternar la gravedad de sus ceremonias con músicas pastoriles y festivos villancicos: la dulzaina, el pandero y las castañuelas resuenan en medio de las naves majestuosas, haciendo enmudecer las severas notas del órgano y del canto gregoriano. Hay en esta, que podríamos llamar infracción de la severidad de la liturgia, algo que quiere significar la mezcla de lo humano y lo divino que se admira en el establo de Belén. Dios nace como hombre, y la Iglesia, dejando á un lado las pompas y ceremonias místicas, dá á sus regocijos un

carácter humano, convirtiendo el templo en un grande hogar, en donde celebra el natalicio la gran familia de los fieles.

Fuera de esta gran novedad, que cuenta ya diez y ocho siglos de fecha, y que no alcanza ni alcanzará nunca á suplantar la vanidad de los sofistas y la soberbia desvanecida de los magnates de la tierra, pocas hay en esta semana dignas de fijar la atención de nuestros lectores. Los sucesos siguen marchando por un plano inclinado, y con una celeridad que se multiplica por sí misma. La política sigue interesando á todos y siendo el patrimonio de algunos. En Francia y en Italia parece que las cosas van muy de prisa, y hay indicios de que también se quiere que Portugal siga el movimiento.

Según refiere la *Nação*, ha ido últimamente en comisión á Lisboa un emisario de los socialistas alemanes.

¿Qué comisión traía á la capital lusitana? No debía ser muy clara, puesto que según dice el periódico portugués, al salir el rey del teatro de San Carlos en una de las últimas noches para dirigirse al palacio de Ajuda, dos bultos se acercaron con paso misterioso y precipitado al carruaje real. El cochero creyó, y con razón, que no era aquella hora, ni sitio ni ocasión de hablar al rey, y lanzó los caballos al galope, poniendo á los bultos en la imposibilidad de seguir el carruaje.

Por de pronto, el cochero obró muy cuerda-mente. Uniendo lo de los bultos con lo del emisario socialista que se sabía haber llegado á Lisboa, por avisos confidenciales de Hamburgo, era de temer algún lance parecido á los de Berlín, Madrid y Nápoles.

Siempre es una gran ventaja saber de dónde soplan los vientos.

El Sr. Menéndez Pelayo, propuesto como ya hemos dicho en el primer lugar de la terna para catedrático de Historia crítica de la literatura en la Universidad Central, acaba de ser nombrado por el gobierno, y tomará muy pronto posesión de su cargo. Es un hecho nuevo y curioso, el ver á un joven, casi á un niño, al frente de una cátedra del doctorado en la primera universidad de España; pero si el Sr. Menéndez Pelayo tiene sólo 23 años de edad, tiene, en cambio, más de cien años de aptitud, y nadie se escandalizará de que haya sido nombrado *maestro di color che sanno*.

El señor Obispo de Plasencia acaba de dirigir al clero de su diócesis otra nueva y hermosa pastoral, ampliando cuanto dijo en la anterior, que ya deben conocer nuestros lectores, acerca de los malos periódicos. Según el ligero extracto que acabamos de leer en un diario católico, el venerable prelado se consagra particularmente en ésta, á poner al descubierto la escuela de los transigentes que se proclaman partidarios de la religión *bien entendida*, y que sin querer dejar de ser católicos, están siempre aconsejando á los que han recibido de Cristo el derecho y la misión de aconsejar.

La religión *bien entendida* de estas gentes es una religión que ni pincha ni corta, reducida á algunas prácticas cómodas y sin freno para las pasiones egoístas.

Como el hombre ha sido siempre el mismo, suponemos que en los primeros siglos de la Iglesia no dejaría de haber practicantes de esta religión bien entendida, que echarían por obediencia al César leña en las hogueras de los mártires, y que lamentarían la ceguera y la exageración de estos héroes de la fe.

En las épocas de lucha, los egoístas buscan siempre manera de que sea prudente no mezclarse en la batalla, y que sea obligatorio repartirse el botín.

OVIDIO.

LA ESPAÑA QUE SE VÁ

Quisiera ser bastante erudito para poder asegurar que España sea el único pueblo donde la len-

gua cristiana llama *Noche-Buena* la del 24 de Diciembre.

«Esta noche, es *Noche-Buena*,
y no es noche de dormir,
que está la Virgen de parto
y á las doce ha de parir.»

Así cantábamos en alegre bullicio los numerosos nietos de mis dos abuelos y mis dos abuelas, que también cantaban.

Con decir que lo hacíamos todos á zambomba por cabeza, basta para probar que la fiesta era bulliciosa: de sí era también alegre, harto ¡ay! me lo atestigua la tristeza con que lo recuerdo.

«Ardía la zarza,
y no se quemaba
la Virgen María,
doncella y preñada,
doncella y preñada.
doncella y preñada.»

¡Oh, si pudiera la pluma reproducir, junto con esta coplilla, el són con que la cantaba! ¡Cuántos corazones que hoy lloran habrían de entender la misteriosa virtud rememorativa de la música! En el mio, cada nota resucita un mundo de fantasmas, de inocencia y de felicidad...

Aunque la casa tuviese muchas habitaciones, teatro de aquella escena había de ser la cocina; y por mucho que arriese el frío, era casi rito de la fiesta mantener abierto el portalón que daba paso al corral, como si un piadoso instinto de tierna compasión hiciese cargo de conciencia no probar de algún modo los rigores del establo en que vino á la tierra el Dios de los cielos.

Pero á bien que el sacrificio no era costoso, pues compensábase abundantemente el enorme tronco de encina, guardado adrede en la leñera para tenerlo aquella noche de rincón á rincón del ancho hogar, encargándole el doble oficio de calorífero y de luminaria. A no temer yo los desenfrenos de la fantasía, dijera que aquel tronco era todo un personaje, y aún pudiera llamarle protagonista de aquel drama, pues de hecho toda la acción se concentraba en él.

Medio embutidas en la concavidad de su panza, horadada por el fuego, hervían á compás las ollas henchidas de lombardas y brécoles, mientras la espiral de las llamas que brotaban del lomo, estrellábase bramando en toda una constelación de peñoles y sartenes, cuyo fondo, como el cráter de un volcán, arrojaba sobre lebrillos de barro y bandejas de peltre innumerables extratificaciones de aceite, huevo, almendra, azúcar terciada y harina de flor. A todas estas estrofas de la musa de *Noche-Buena*, llamábase en común «fruta de sartén.» Entre tanto, en el rescoldo, y como parapetada tras las ollas, una patulea de castañas, bellotas y manzanas, junto con los inexcusables bollos de aceite, y el indispensable huevo duro, engarzado en su maciza estructura, visiblemente destinada para estómagos de cal y canto.

Todavía entonces la sopa de almendra y los turrónes de frutas eran refinamiento cortesano: la sola presencia de estas golosinas habría adulterado la índole patriarcal de aquellos festines, y sospecho que el mazapan de Toledo, y aún las mantecillas de Soria, habrían sido un muro de separación en aquel revuelto agape de amos y criados, imagen del establo donde la caridad juntó á reyes y pastores.

En cuanto al vino, era de ley que fuese bueno como la noche, pero sobre todo que fuese mucho. Hasta para emborracharse, nuestros padres preferían lo rancio á lo vario, y cualquiera que en cena de Navidad hubiese cometido la imprudencia de destapar una botella de Champagne, habría incurrido en la peligrosísima nota de *afrancesado*.

No se extrañe que tanto lugar concedan mis recuerdos al negocio este de la cena, pues en rigor, ella era el foco de irradiación, si lícito es decirlo así, de todas las alegrías de aquella bendita noche. Por más que el almanaque cristiano la sujete á «vigilia con abstinencia,» aquí, en cierto modo, y hasta cierto punto, la costumbre había ido limando el rigorismo de la ley, y como dice un amigo mio con báquica licencia, que me guardaré muy bien de dar por doctrina teológica ni por regla de vida cristiana,

«Pero hoy dicen los frailes
Que no hay pecado gordo:
Que está el pecado sordo,
Y los frailes también.
¡Alegría! Esta noche
Las uñas pierde el diablo
Delante del establo
Del portal de Belén.»

Si la cena era el foco de irradiación de las alegrías de Noche Buena, la zambomba era órgano casi exclusivo de sus voces, y acompañamiento casi obligado de sus cantares. Ya desde la *matanza* (fiesta muy señalada en los fastos domésticos, y que tal vez algún día me ocurra describir), se tenían guardadas como oro en paño las vejigas de las víctimas; apresuradamente se tapaba con esas membranas la boca de pucheretes, pucheros y canchilones de noria, con lo cual, y sobando en toda su longitud una cánula erigida en el centro á guisa de mástil, se obtenía un, digámoslo así, concierto de voces unísonas, bien que varias en intensidad, y de todos modos adecuadas al destino de la noche.

Que no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto,
Y á las doce ha de parir.

Festejo esencialmente *de familia*, cada cual celebraba el suyo, bien que no tan exclusivamente que en él no entraran sino los moradores de un mismo hogar, ántes por el contrario, más que fiesta de familia, éralo de parentela, es decir, de los hijos y nietos con la consiguiente escolta de yernos y nueras; ítem más, los criados de las casas respectivas. Cena de Navidad sin abuelos incrustados como cariátidas en los rincones de la chimenea, hubiera sido como tienda patriarcal sin patriarca.

Y aún la caridad, bien ayudada por el nativo rumboso porte de nuestros padres, había introducido la costumbre, que no vacilo en llamar piadosa, de que en las casas de huéspedes cada patrona costease la cena de los suyos, así como en las ventas y mesones tenían gratis mesa franca los trágicos y viandantes á quienes allí cogía la Noche Buena.

Fruto también de la caridad, más todavía que señal de regocijo, eran las fogatas que, como cargo de vecindad, se encendían de trecho en trecho de la calle, para que allí se calentaran los menesterosos de abrigo, mientras con la voz de sus villancicos pedían, jamás en vano, restos de cena, que se les habrían dado aunque no los pidiesen.

No, y sinó que se descuidaran los de dentro, que muy pronto al par de sus zambombas, oirían las de fuera crujir clamorosas:

«Madre, á la puerta está un niño,
más hermoso que el sol nuevo,
sospecho que tiene frío,
porque el pobre viene en cueros.»
«Anda, dile que éntre,
se calentará;
porque en esta tierra
ya no hay caridad.»

En oyendo esto, la abuela solía decir cuatro palabras al nietecito sentado en sus rodillas, é inmediatamente despues, toda una tropa de rapazuelos, soltando zambombas, sonajas, tambores y rabeles, hacía de sus bolsillos despensa para vaciarla en la calle, donde salía cantando:

«Vámonos á Belén,
á ver al Niño Dios,
que es todo nuestro bien,
vamonós, vamonós, vamonós.»

Se acabó, digámoslo así, la cena. Los criados que han quedado útiles para el servicio, levantan los manteles y se llevan la mesa. Es hora de *encender el Nacimiento*.

¡Oh! ¡Cómo van á lucir sus zamarras y sus borregos los pastores, comprados en la feria de Setiembre! Herrera no quedó tan satisfecho de su Escorial, como lo está el admirado artífice de aquellas *montañas de Judea*, levantadas sobre los puchereros y barreños de la cocina, y por arboleda y césped, la lana que sobró de las medias azules del ama de

leche. ¡Pues y el arquitecto de aquellos puentes formados del carton de la sombrerera, tapando aquellos cascos de botella que quieren ser río? Pero sobre todo, el santo pesebre, fabricado en medio corcho de la colmena del huerto, y alumbrado por los cuatro mecheros del velon. O es fiesta solemne, ó no lo es... En cuanto á la *Sacra Familia*, posiblemente Alonso Cano habría tenido reparos que oponer; pero pregunten ustedes al concurso su opinion:

«Carrascás, qué Niño tan rubio!
Carrascás, qué gordito está!
Carrascás, qué Madre que tiene!
Carrascás, carrascás, carrascás!»...

¡Las doce!

«Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su Único Hijo, Nuestro Señor, que fué concebido del Espíritu Santo, NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN»...

GABINO TEJADO.

LA VIRGEN SANTÍSIMA Y EL ARTE CRISTIANO

Apuntes para un libro sobre la influencia del Catolicismo en el Arte

V

OJEADA Á LA HISTORIA DEL ARTE CRISTIANO

Quien haya visitado las catacumbas de Roma, cuna gloriosa de nuestra Madre la Iglesia, habrá visto pintados en las oscuras cubículas, entre otros signos y dogmas cristianos, las imágenes del Buen Pastor y de las mujeres *Orantes*. El Buen Pastor, cuya analogía con Jesucristo nadie se ha atrevido á poner en duda, ofrécese en actitudes muy diferentes; porque ora acaricia sus ovejas, ora corre en busca de las extraviadas, ora llora con las manos en la frente la dispersion de su rebaño, ora descansa de sus cuidados á la puerta de su cabaña. En cuanto á las *Orantes*, ya es otra cosa; todas ó la mayor parte aparecen con los brazos levantados al cielo, implorando gracias y bendiciones para la tierra. Ahora bien, ¿de quién pueden ser imagen estas figuras sino de María Santísima, Madre de Dios y de los pecadores, «venero de perdon», segun la llama la Iglesia, «esperanza del mundo y reina del cielo?» Esta es la opinion más admitida, que, además de los testimonios arqueológicos, tiene á su favor el asentimiento de los corazones cristianos.

Desatada la persecucion contra la Iglesia, cuando ésta comenzaba á propagarse por el mundo, era natural que los primeros fieles se complaciesen en reproducir en sus escondidos oratorios las imágenes simbólicas de Jesucristo nuestro Redentor y de la Virgen, nuestra Madre: ¿y qué otra forma ni más adecuada ni más bella podían encontrar que la del Buen Pastor para representar á Jesucristo, que habia dicho de sí mismo: «Yo soy el Buen Pastor: el Buen Pastor da su vida por sus ovejas?»

En cuanto á la Virgen Santísima, la eleccion no era tampoco dudosa. Si en el Calvario habia sido declarada Madre nuestra, ella, que era esposa del Espíritu Santo, ¿qué otra cosa podia hacer en los días de la persecucion que implorar del cielo el triunfo de la Iglesia perseguida y el valor y la fortaleza de los mártires? La actitud suplicante de las figuras de las catacumbas á que aludimos, parecen expresar este pensamiento tan dulce y consolador para los primitivos fieles, amenazados á toda hora de tormentos y de muerte. Hay más; las imágenes de Nuestra Señora de la Misericordia, tan esparcidas por la cristiandad en la medalla milagrosa, ¿qué otra cosa son sino Virgenes-Orantes, atrayendo con sus oraciones hácia la tierra las misericordias y gracias divinas? El insigne arqueólogo Rossi, á cuyo lado hemos visto tan preciosos monumentos, sostiene que las *Orantes* unidas al Buen Pastor, representan á la Iglesia más bien que á la Virgen. Ambas opiniones pueden sin violencia conciliarse; pues no hay dificultad en suponer que las *Orantes* representan á la Virgen, y la Virgen á la Iglesia. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que en las catacumbas aparece la Santísima Virgen representada en figura de Orante Madre, y de Madre solamente, lo que confirma nuestro pensamiento. En el cementerio de Santa Petronila, el señor de Rossi señala varias imágenes de la

Virgen, de fines del siglo I y principios del II; sentada Nuestra Señora, estrecha contra su pecho al Niño Jesús, atestiguando tres siglos ántes de que el Concilio Efeso lo declarase el dogma de la maternidad divina de la Virgen. En otros cementerios de Roma, existen diferentes representaciones de este género, magistralmente ilustradas por Bosio, Machi, De Rossi, Bottari, Perret y otros arqueólogos no ménos insignes, en cuyas obras encuentra la verdad cristiana testimonios incontestables, y la piedad sólidos fundamentos.

Cuando la Iglesia tuvo paz, las imágenes de la Virgen aparecieron ya sin el velo de la alegoría sobre los altares de los templos, y la arqueología cristiana se complace en clasificar estos preciosos restos de la devoción de los fieles á la Madre de Dios (1). Quien haya visto la Virgen de Santa María la Mayor en Roma, atribuida á San Lucas, comprenderá hasta qué punto el culto de María influyó provechosamente en el arte cristiano.

Porque una de dos, ó la imagen es de San Lucas como quiere la tradicion, y en este caso vemos la intervencion directa de un Santo en los progresos de la pintura cristiana, ó es, como parece más probable, de un pintor llamado Lucas, que existió en Constantinopla en el siglo V (2), y entonces hay que reconocer que el culto de la Virgen alcanzó del arte decadente de aquel tiempo un triunfo tan completo como envidiable. La imagen de Santa María la Mayor es un prodigio de belleza. Aquella fisonomía tan dulce, tan melancólica, tan sencilla y majestuosa á la vez; aquel niño tan encantador que con la mano derecha bendice al mundo, y con la izquierda estrecha contra su corazón el libro de las divinas enseñanzas; aquella actitud de la madre y del hijo tan reposada, tan serena, tan noble y poética, serán perpétuamente la desesperacion de los verdaderos artistas que tratan de reproducirla ó imitarla.

Este tipo de belleza consérvese de tal modo en los siglos medios, que bien puede asegurarse que en los días de las invasiones, cuando parecia eclipsada para siempre la luz de la cultura y del arte, lo único que sobrevivió á la general catástrofe fué esta luz de la belleza de la Virgen, reflejada con bastante acierto por los artistas cristianos sobre las rudas imágenes de los templos. Hé aquí un hecho en que no sabemos haya parado la atención ningun arqueólogo, y que sin embargo está demostrado por monumentos incontrastables.

Durante el período que se llama bizantino, desde el siglo V al XIII, en que son tan espesas las tinieblas de la barbarie, las únicas imágenes, repetimos, que conservan algun rastro de belleza, son las que se hicieron de la Madre de Dios. Compárense con ellas las de Jesucristo, por ejemplo, que existen en las bóvedas absidales de las antiguas basílicas, y se verá la diferencia. Las condiciones de este trabajo no nos permiten más que apuntar la idea; basta esto para demostrar, con un argumento, que juzgamos nuevo, que el culto de la Virgen ha sido siempre luz y guía del arte cristiano.

Despues de este período, la cuestion no ofrece duda: desde Cimabue hasta Owerbeck, es decir, desde el siglo XIII hasta el presente, todos los grandes artistas han consagrado las mejores flores de su ingenio á la Virgen Santísima. En cuanto á Cimabue, que abre el período de los pintores del renacimiento italiano, sabido es que su mayor triunfo consistió en la pintura de la Virgen que se venera en Santa María de Novella en Florencia. El pueblo y los patricios de la ciudad invadieron el estudio del pintor, y arrebatados de entusiasmo á la vista de la imagen, la trasportaron en triunfo á la iglesia á que se destinaba. Allí la hemos visto nosotros, y por cierto que nunca olvidaremos la impresión que nos hizo á la escasa luz de la tarde que penetraba por los vidrios de colores en aquella casa de Dios y museo del arte. La imagen, á pesar de la rigidez de sus formas, y de la falta de dibujo y de perspectiva, resplandece en la oscuridad de la capilla que la guarda por la majestad y pureza de su actitud y de su semblante.

El último eslabon de esta cadena del arte cristiano es Owerbeck, del cual basta decir, que abrió

(1) V. la obra *Imagini Scelte*, de D. Juan Bautista de Rossi.
(2) V. *Notes historiques, biographiques et archéologiques*, etc., por M. L'abbé Greppo. — *Dictionnaire des antiquités*, por M. L'abbé Martigny.

los ojos del alma á la luz de las doctrinas católicas contemplando las imágenes de la Virgen, debidas al pincel de los pintores de la Edad Media. ¿Y cómo nó, si estas piadosas imágenes son la expresión más alta del sentimiento cristiano, inspirado y vivificado en el amor de María? Poco importa, cómo decíamos en otra ocasión, que el dibujo no sea correcto y la perspectiva no esté bien comprendida, si el cristiano que mira aquellos cuadros no pára su vista en la tabla que tiene delante, sino que á través de la forma sensible columbra la perspectiva del cielo y la corrección y gallardía de las obras sobrenaturales.

Debe el arte cristiano sus mayores triunfos á dos hombres extraordinarios que nacieron del corazón de la Edad Media: al instituidor del Santo Rosario, Santo Domingo de Guzman y al Patriarca de la familia mendicante San Francisco de Asís. Devotísimos ambos de la Virgen Inmaculada, infundieron su amor á las órdenes que fundaron, las cuales, como dos torrentes de ciencia y de caridad, inundaron á Europa, fecundando con sus aguas el

jardín maravilloso del arte cristiano. Nicolás de Piza, Giotto, Orcagna, Taddeo Gaddi, Lippo Dalmasio, Fr. Sisto, Fr. Ristoro, Fr. Bartolomeo, Fray Angélico, forman una familia de artistas nacidos en la misma cuna, educados en la misma escuela y consagrados en cuerpo y alma al servicio de la religión que honraron con sus obras.

El que desee saber la parte que en ellas tiene la Virgen Santísima, que visite los museos de Italia, y especialmente los de Florencia: allí verá que las imágenes de Nuestra Señora, resaltan entre los demás cuadros que cubren las salas, como las flores en los prados durante la primavera, ó las estrellas en el cielo en la noche serena. Entrando en los *Oficios*, sorprende al viajero la más bella y graciosa figura de la Virgen que ha producido el arte italiano. Es un tríptico del Beato Angélico, que encierra en su fondo á la Madre de Dios con su divino Hijo en los brazos. Imposible es retratar mejor la pureza de un alma santísima, ni el amor inefable de aquella bendita Madre, que estrecha contra su pecho al Redentor del mundo nacido de su cas-

tísimo seno. El Beato Angélico nos ha dejado una rica colección de estas imágenes, todas hermosísimas y puras, sólo comparables á las de nuestro Murillo, aunque presentan ambas, como veremos luégo, distintos caracteres.

Al lado de las Vírgenes del Beato Angélico, verá el viajero en los museos de Italia otras no ménos dignas de estudio y de alabanza. Los grandes artistas, como dijimos ántes, pusieron siempre la mira en las imágenes de la Virgen, y así resulta, que para comparar unas con otras y seguir, por consiguiente, la historia del arte, es preciso fijarse en sus cuadros de Vírgenes, en los cuales resplandecen sus cualidades más altas y más características.

Lippo Dalmasio, el pintor de las Vírgenes amables; Francia, el de las Vírgenes candorosas y serenas; Bellini, el de las Vírgenes graves y piadosas; Peruginio, el de las Vírgenes tiernas y elegantes, y para no hacer interminable este catálogo, Rafael, el pintor de las Vírgenes graciosas y poéticas, prueban que el arte italiano ha ceñido siempre



PUERTA DE LA JUSTICIA DE LA ALHAMBRA.

con sus mejores flores las sienas purísimas de la Virgen Inmaculada.

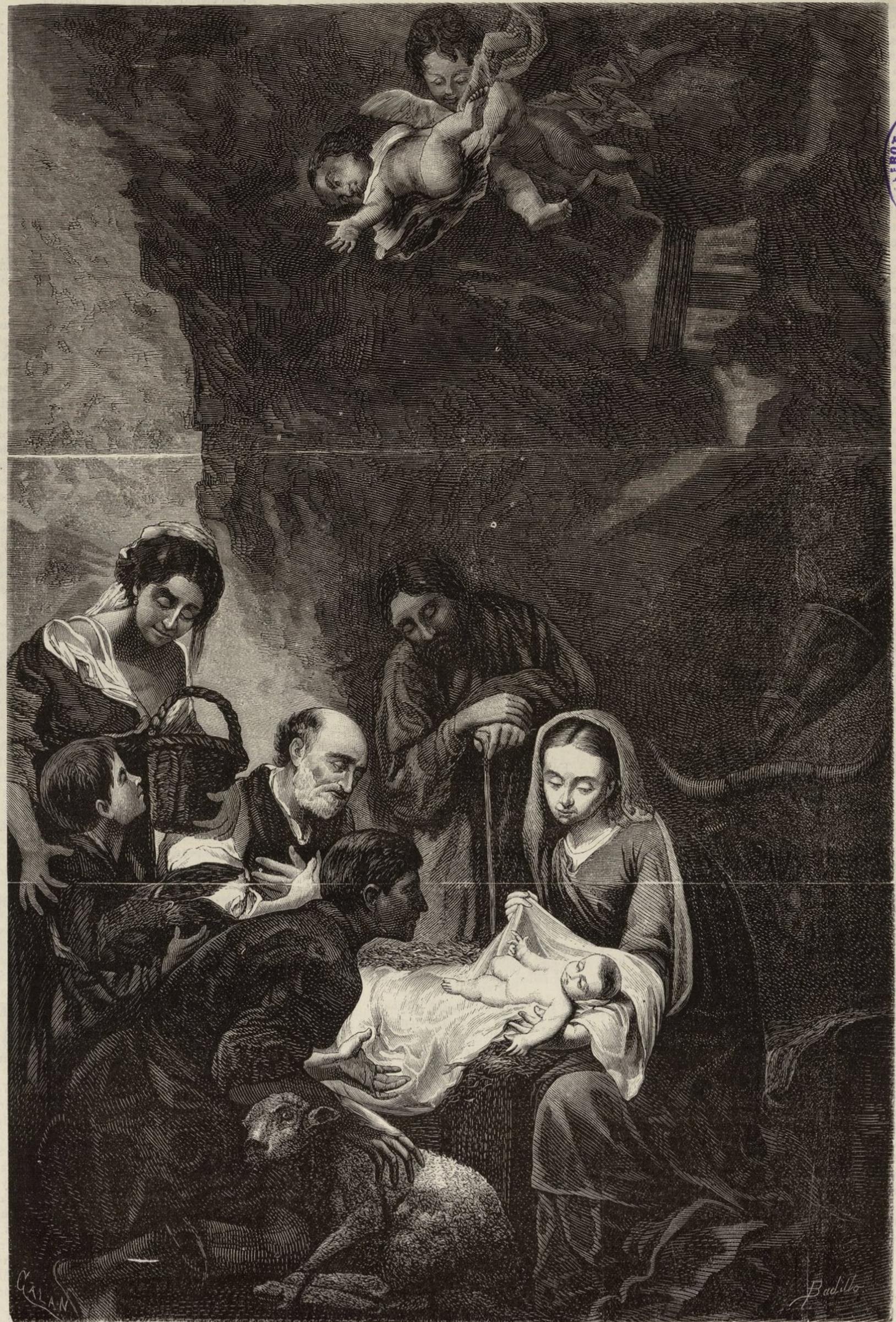
Por lo que hace al español, basta que citemos un nombre; el de Murillo, el cual representa fielmente la pintura española, hija de la Iglesia, como nuestra cultura y nuestro carácter. Aunque otros pintores españoles, Velazquez, por ejemplo, le aventajen en cualidades externas, él supera á todos en la expresión de los sentimientos nacionales, y sobre todo en la devoción de España á la Madre de Dios, que forma, por decirlo así, el rasgo más saliente de nuestros afectos vivos y entusiastas. Inspirándose en esta devoción, Murillo remontó su vuelo hasta el empíreo y contempló en las cumbres inaccesibles del ideal cristiano, el rostro de aquella mujer incomparable, concebida sin pecado, bendita entre todas las mujeres, «radiante de luz de oro como la aurora, llena de gracia, hermosa sobre todas las cosas,» según la llama la Iglesia, sintióse arrebatado de celestial entusiasmo, y tomando en su mano el pincel, trató de reproducir en el lienzo la figura magnífica que enajenaba su corazón de amor y de gozo. Y ved ahí las *Concepciones*

de Murillo, bañadas de luz de oro como la aurora, rodeadas de ángeles, suspendidos en el espacio donde flota con majestad y recato su manto azul, cortado del pabellón del cielo, cruzados los brazos sobre el pecho, como para contener sus latidos, suelto el cabello, erguida la cabeza, cándida y pura la cara, y los ojos clavados en un punto del espacio donde sin duda contemplan el esplendor de la divina belleza.

Ahora bien, comparando las Vírgenes del Beato Angélico con las Concepciones de Murillo, dijimos en otra ocasión lo que sigue: «Las Vírgenes del pintor italiano, candorosas, dulces, melancólicas, son retratos de la Madre de Dios, traspasada de dolor por el cuchillo que profetizó Simeon; pero dolor suave, tierno, tranquilo, como todas las emociones de un alma limpia y pura. Las Vírgenes de Murillo son otra cosa; radiantes de esplendor, alegres por la posesión de la gloria, muestran en su hermoso rostro el amor ardiente que la divina gracia les inspira. Fray Angélico pintó á la Virgen en su tránsito por la tierra: la Virgen de Belem, de Nazaret, de Jerusalem, la Madre Doloro-

sa del Calvario; Murillo pintó á la Virgen en el cielo, la Virgen que reina en el empíreo sobre los ángeles y los santos, estrella de la mañana vestida con el sol y calzada con la luna, la Madre Purísima del Verbo encarnado. Fray Angélico vió á la Santísima Virgen con ojos compasivos, meditando en sus dolores, y Murillo la vió con ojos de entusiasmo y se recreó en su amor purísimo, como en la Madre del Amor hermoso. Las Vírgenes del monje florentino me parecen escuelas del dolor cristiano, donde se aprenden la resignación y la mansedumbre, con que se soportan y hasta endulzan los trabajos de la vida presente; las del pintor sevillano son, á mi ver, espejos del amor divino, donde se reflejan los rayos ardientes de la gloria; escenas, en una palabra, de la vida futura. De las tablas del Beato Angélico parecen destilarse las lágrimas suaves y sublimes del *Stabat Mater*; ante las Concepciones de Murillo, se cree percibir el canto amoroso y regocijado del *Magnificat*.» (1).

(1) *Impresiones de viaje por Andalucía.*



ADORACION DE LOS PASTORES (CUADRO DE MURILLO)

Ayuntamiento de Madrid

Después de Rafael y Murillo, tan famosos por sus vírgenes, las imágenes de Nuestra Señora empezaron á decaer. Rafael, en sus últimos años, enamorado de la belleza plástica de las estatuas griegas, no pintó ya Vírgenes, sino Vénus, vestidas con el manto de la honestidad cristiana, en las cuales era muy difícil, ya que no imposible, reconocer á la Madre de Dios. «A medida, ha dicho un autor alemán, que el espíritu cristiano de la Edad Media fué acabándose más y más, oprimido con el peso de los intereses mundanos, descendió también el arte desde las alturas del ideal hácia el fondo de la existencia meramente humana. Las Madonas de la escuela pictórica italiana, á contar desde entonces, según el modelo del Ticiano, son casi todas nobles venecianas, figuras majestuosas, en que se ostenta gran riqueza de formas corpóreas, y hermosura, y se echa de ver todo el esplendor propio de la vida de Venecia; figuras aristocráticas, altivas, que respiran noble orgullo. No se quedaron atrás los alemanes en este camino. Durero pintó, movido de oculto amor, á la discreta Pirkeimerina, y su propia mujer, demonio de la discordia, le servía de modelo de composición del género clásico-antiguo; Kranach sublimó á la categoría de Madona, á la hermosa hija de un tahonero, y Rubens divinizó con el pincel á las vaquerillas de los Países-Bajos» (1). Era natural, que perdida la verdadera luz del arte, se extraviase el genio de los artistas por las sendas oscuras y peligrosas del realismo envilecido y servil. Con el ocaso de la belleza de María, coincidió, como era consiguiente, la noche del arte.

En medio de las tinieblas, hemos visto brillar de repente una luz clarísima, que ha difundido por Europa hermosos rayos de belleza. La aparición ha durado muy poco: ha sido como un meteoro, que se ha perdido en seguida en las sombras del lejano horizonte. Y, sin embargo, esta luz pura, esta aparición celeste, ha sido fruto de la belleza de la Virgen, aprendida por Owerbeck en las tablas de la Edad Media, y reproducida con piadosa delicadeza en cuadros que no morirán nunca. El arte cristiano, que es el arte por excelencia, porque es el arte que tiene á la Madre de Dios por Soberana, yace hoy en lamentable abatimiento; ya no se pintan Vírgenes, sino meretrices; ya no hay alas que vuelen hasta el empuje, sino garras que desgarran, y fauces que devoran; ya no se pinta ni se esculpe para los claustros, ni para las catedrales; se trabaja para los grandes Bazares, donde se trafica con el arte como una mercancía cualquiera, sujeta á la ley de la oferta y de la demanda.

El lector habrá observado, que en esta ojeada al arte cristiano, hemos seguido sólo el curso de la pintura. La razón es, porque sus obras son más conocidas de todos, y además, las únicas que sin interrupción han representado á la Virgen desde los tiempos apostólicos hasta los presentes. La arquitectura, la escultura, la música y la poesía, no han sido ajenas á la influencia del culto de la Virgen: paralela su marcha con la de su hermana la pintura, todas han brillado á la luz del mismo sol, y todas han decaído á impulso de la revolución, que ha antepuesto á las conquistas de la Iglesia las devastaciones de los bárbaros. ¿Cómo enumerar aquí los templos levantados en toda la cristiandad á la Madre de Dios? ¿Qué obras maestras no debe la escultura á su culto? ¿Qué armonías no ha producido su alabanza? ¿Qué himnos, qué poemas, qué discursos no han brotado al fuego de su amor? Sobre la aérea cúpula de la catedral de Milan, el monumento más admirable que ha producido la arquitectura cristiana; sobre aquella elevada aguja que se pierde en las nubes, rodeada de ángeles y de santos como una aparición celestial, colocó la mano de Canova una estatua de la Virgen, que está diciendo desde aquel prodigioso pedestal al mundo tendido á sus plantas: «Yo soy la reina del arte, porque el Señor, que es poderoso y santo, obró en mí grandes maravillas, y me llamarán bienaventurada todas las generaciones».

MANUEL P. VILLAMIL.

(Se continuará.)

(1) *Des Madones-Ideals*, discurso del Dr. H. Ulrici Halle, 1854.

AL NACIMIENTO DE DIOS

En dos noches ví el mundo sepultado,
Y en dos sombras, tinieblas y pecado,
Muy fúnebres las dos:
Y sobre aquel olvido sin un ruego,
Sobre el letargo aquel del mundo ciego
Velaba solo Dios:
Ví un ángel de alas de oro y pedrería,
Sublime en esplendor y jerarquía,
Nacido de la luz;
Que trazaba en los célicos espacios
Con perlas, amatistas y topacios
El signo de la cruz:
Y la cruz que las sombras y vapores
Vistió de fulgurantes esplendores,
Tenía por blason
Espinás, y una lanza, y unos clavos,
Con la letra: «Yo doy á los esclavos
Salud y redención.»
Luégo el ministro al lado del Eterno
Escuchaba bramidos del infierno
Que airado resonó,
Y alzando sus dorados aldabones,
Las puertas del Olimpo y sus regiones
De par en par abrió.
Puertas que se cerraron rechinantes
Sobre goznes de nítidos diamantes,
Cuando engañado Adán,
Seducido de lágrima hechicera,
Trocó toda su gloria duradera
Por muerte y por afán.
El Todopoderoso, el santo, el fuerte,
Delante cuya faz marcha la muerte,
Que sin origen es;
Que disipa los pueblos y naciones,
Y encorva las montañas y peñones
Debajo de sus piés,
Que sobre nubes altas conducido,
Y de las tempestades precedido
Domina el Aquilon,
Sopla desolaciones plañideras,
Y sacude cual frágiles mimbrenas,
Cipreses de Sion;
Serenó con un rayo de alegría,
Su ceño, que el Olimpo estremecía,
Y al éter dió fulgor,
Y un misterio pasó sobre las nubes,
Velando con las alas de Querubés,
Misterio del amor.
Entre los astros fúlgidos y bellos
El que más fulguraba en sus destellos
Iluminó á Belem,
Y plateó los henos de yacia,
Desnudo el que vistió de luz al día,
Pobre y niño también.
Los ángeles que en coro se agrupaban,
En la choza sus himnos entonaban,
Y en amorosa union
Sus plumas tan simétricas ponían,
Que encima de la cuna suspendían
Un santo pabellon.
Veían el candor y la hermosura
De una Virgen y madre siempre pura,
Sagrario de bondad.
Y por un cielo sólo que dejaban,
Dos cielos en sus ojos contemplaban
De eterna claridad.
Toda llena de gracia: fiel paloma,
Y lirio de los valles del aroma,
Que el aura embalsamó;
Hacecillo de mirra del amado,
Fuente de la salud, huerto cerrado,
Rosal de Jericó.
Escogida cual sol, mar de bonanza,
Madre de dilección y de esperanza,
Consuelo celestial.
Bendita, porque arranca nuestro luto,
Y bendita mil veces por el fruto
Del seno virginal.
El sueño sacudid, tristes mortales,
Vereis llegado el fin á nuestros males,
Y término al dolor;
Pues hecho criatura y en pobreza,
Yace el que te formó naturaleza,
Vistiéndote de flor.
La alegría del cielo, gime y llora,
Y el Todopoderoso auxilio implora,
Con un triste gemir.

Y sufre con el frío dura escarcha,
Aquel eterno sol, que alegre marcha,
Por cielo de zafir.
¡Oh lágrimas que al suelo vais aprisa!
Las precursoras sois de nuestra risa,
Del suspirado bien.
Maná que nos recrea y nos convida,
Nos da la redención y abre la vida
Del venturoso eden.
Benedicid ¡oh mortales! ese lloro,
Y de los serafines almo coro,
Seguid y acompañad.
Gloria demos á Dios que habita el cielo,
Y la paz á los hombres en el suelo,
De buena voluntad.»

JUAN AROLAS.

CATEDRAL DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

(Conclusion)

Pasando al exámen de los retablos, esculturas y pinturas, tenemos que mencionar el de la capilla mayor, que es una verdadera joya del siglo XVI. Parecido al que Francisco Giralte hizo para la capilla del Obispo de esta corte, excédele extraordinariamente en delicadeza, gallardía, perfección, grandiosidad, elegancia y refinado gusto. No hemos podido confirmar la tradición que lo atribuye á Berruguete, averiguando únicamente en los libros capitulares, que fué estucado y dorado por el pintor Andrés Melgar. Consta de cuatro cuerpos y tres órdenes de esculturas, cada uno terminando también con primorosas estatuas. En su centro está el Salvador, á quien está dedicada la iglesia, con la Asunción en la urna superior y los misterios de la redención en el resto del retablo. Los caracteres de las imágenes no pueden ser más clásicos y delicados, demostrando que su autor perteneció á la escuela de Miguel Ángel, si es que no fué alguno de sus discípulos. Grandiosidad, gran modelado é inmejorable dibujo, actitudes delicadas, grupos artísticamente colocados, paños y plegados muy naturales, expresión extraordinaria y completa, idealismo religioso y severo, belleza y perfección en el conjunto y en los pormenores, son los rasgos distintivos que se descubren en este inapreciable monumento.

Los relieves, medallas y demás adornos plateados que se ven en las columnas, frisos, cornisas y arquivadas no pueden ser de mejor gusto, ni de más prolija ejecución. En el zócalo, que es de alabastro, se ven mezcladas escenas de la vida del Santo con asuntos mitológicos, y relieves que representan Sátiros, Esculapio, Anfitrión, Neptuno y otros objetos propios del período del Renacimiento. En suma, creemos que es una verdadera preciosidad del arte español.

También tenemos que hacer mérito de su frontal muy deteriorado, que sólo se descubre en Semana Santa, con caracteres de fines del siglo XII, por lo que creemos sea el primero que se usó cuando se construyó la catedral.

A espaldas de este altar, y en un paño del hemicírculo, se ven tres esculturas bizantinas, muy características del mismo siglo, en actitud rígida y envarada, y con expresión cándida y calmada, representando la del medio á Santo Domingo, y seguramente debe ser la primera imagen del Santo á la cual dieron culto los fieles.

En la capilla del Santo se descubre dentro del templete una escultura yacente, también bizantina; pero la importante, sobre todo, es la imagen moderna á quien se da culto en la actualidad. Fué ejecutada por el famoso escultor Julian de San Martín, y representa al Santo de edad avanzada, ligeramente encorvado, vestido de anacoreta, y en actitud de andar rezando el rosario, apoyada la mano izquierda en un cayado, y pasando las cuentas de aquél con la derecha. Sus caracteres no pueden ser más artísticos; dibujo y modelado perfecto, proporciones clásicas y bellísimas, bien delineados los contornos, naturalidad en el echado de paños, plegado elegante y delicado, fisonomía cándida y expresiva, que revela con su vaga y modesta mirada la grandeza singular de su espíritu, la pureza y ternura de su corazón, y el fervor con que dirigía sus oraciones á la Virgen; frente rugosa, enjuta y despejada, que demuestra una inte-

Aligencia profunda, una sencillez angelical, las grandes virtudes de un santo y la continua penitencia del solitario; blanca y prolongada barba, que revela una trabajada ancianidad; tales son los rasgos que en ella se descubren, y que en nuestro concepto lo colocan al lado de las más celebradas de Becerra, Berruguete, Montañés y Alonso Cano.

Recorriendo las capillas más importantes, nos encontramos con la de Santa Teresa, cuyo retablo es gótico brillante del siglo XV, con menudos calados y primorosos detalles que nos inclinan á atribuirlo al maestro Andrés de Nájera, dada la analogía que existe entre el y la famosa sillería de Santa María; el de los Mártires, que es del siglo XVII, con pesadas esculturas, de cuyos caracteres participa también el retablo de San Sebastian; el del Comulgatorio y el del Santo Cristo, que son los dos únicos churriguerescos que existen en toda la iglesia; el de Santa Inés, que está formado por dos trípticos muy importantes, con pinturas flamencas del siglo XV, siendo de elogiar el celo del cabildo, que se ha opuesto á la venta que el patron quería realizar con un anticuario francés que había ofrecido una cantidad respetable, y el de la Magdalena, que tiene muy buenas pinturas, con columnas, de delicado gusto plateresco. A este estilo pertenecen también los retablos de la Concepcion, Rosario, Niño y San Andrés, siendo de notar en éste una imagen del estilo de Berruguete, y en los demás otros varios de bastante buen gusto. En el de San Bartolomé hay una copia bien ejecutada del famoso cuadro del Españolito, y en la galería de la bóveda del hemicycle se vé otro cuadro sobresaliente en el dibujo, colorido, claro-oscuro y disposicion del asunto, que nos recuerda el estilo de los lienzos de Alonso Cano.

También son dignos de notar dos doseletes góticos del siglo XV, uno de ellos con relieves incorrectos y el otro con adornos del Renacimiento, que se hallan colocados junto á la puerta de San Pedro y frente á la capilla del Santo.

Otra de las obras sobresalientes que pueden admirarse, es el magnífico coro, de estilo plateresco delicadísimo. No hemos podido averiguar el nombre de su autor; pero realmente debió ser un consumado artista partidario del estilo italiano del siglo XVI, pues los numerosos relieves y esculturas que le adornan no pueden ser más elegantes y expresivos en su ejecucion ni los dibujos y detalles, sembrados con profusion en toda la sillería, más perfectos y delicados. Devorada una mitad por un incendio que ocurrió en 1825, fué rehecha por el escultor de Peñacerrada, Pedro Martínez de la Hidalga y sus hijos, siendo digna del mayor elogio la exactitud con que fué imitada la otra mitad, de la cual sólo se distingue la nueva en una pequeña inferioridad de expresion en las figuras.

Por lo que hace al arte musical, como esta iglesia tuvo ántes gran importancia y en su capilla sobresalieron distinguidos maestros, y como además se cultivó allí este arte, merced á un sentimiento singular fino y delicado que se observa en sus habitantes y que ha producido compositores tan célebres como D. Roman Gimeno, organista de San Isidro, Garibay, de la catedral de Toledo, y otros muchos, todos naturales de aquel punto, que hoy figuran en las catedrales de Sevilla, Burgos, Santo Domingo y otras importantes iglesias, el archivo encierra multitud de preciosas composiciones religiosas, que constituyen una verdadera riqueza musical. Allí hemos encontrado obras numerosas muy apreciables de Perez del Camino, Lanuza, Arce, García, Pascual, Pacheco, Zamora, Veire, Lopez, Urrea, Saenz, Durango, Caséda, Bas, Comas, Soriano, Tornell, Martínez, Arana, Capitan, Agullon, Bugier, Vicente, Torres, Campa, Tomás, Ibeas, Estorqui, Rábago, Villaragut, Nadal, Pradas, Martinchique, Cuéllar, Bros, Abadía, Hernandez, Tejada, Santa María, y Sancho, en los cuales sobresale un gran conocimiento de la armonía, contrapunto y fuga, con más ó menos gusto en los pensamientos melódicos, segun la diversa época en que escribieron y segun que se sometieron al rigorismo por lo general mecánico de los antiguos preceptistas, ó por el contrario dieron libertad á la inspiracion y á la actividad de su fantasía. También existen obras importantes de Doguie y Gimeno, maestros de conocida y justa reputacion, con otras muchas de menor interés, que sería prolijo enumerar; siendo de notar que en ca-

si todas las que hemos indicado se descubre cierta severa gravedad y un estilo religioso muy pronunciado, que las hacen merecedoras de elogio y estimacion.

Pero de quien tenemos que hacer mencion especial es del maestro D. Vicente Blanco, á quien pertenecen las obras tal vez más sobresalientes del archivo.

Nacido en Cuenca en Enero de 1794, descubrió desde su juventud una inclinacion singular hácia la música, cultivándola á la vez que estudiaba latin y filosofía y admirando á su maestro D. Santiago Pradas la precocidad de su talento y la originalidad de sus improvisaciones, que éste llegó á calificar de admirables. Dedicado al estudio de la instrumentacion, llegó muy pronto á ser músico mayor del regimiento de Fernando 7.º, cuyo cargo desempeñó varios años muy cumplidamente. Despues de esto, obtuvo por oposicion el cargo de organista y Maestro de la catedral de Santo Domingo, que se le concedió despues de unos brillantes ejercicios, presididos, y calificados de sobresalientes, por el célebre Sr. Gimeno. También se le concedió la misma plaza en la catedral de León, pero la renunció, prefiriendo la anterior, que ocupó hasta su muerte, ocurrida en Noviembre de 1833, á los 39 años de edad.

Durante este tiempo compuso más de ciento ochenta obras religiosas entre misas, villancicos, misereres, lamentaciones, motetes, himnos, salmos y responsorios, todas de gran valor estético y dignas de los mayores elogios. En ellas se descubren la inspiracion privilegiada de un gran genio fecundo, original y de feliz inventiva; fantásticas y seductoras melodías, que forman el alma y el nervio de cada composicion; exposicion completa, perfecto fraseado y artístico desenvolvimiento de las mismas, que constituyen otros tantos discursos musicales acabados felizmente; oportunidad y exactitud en el uso de la armonía, conjunciones é instrumentacion, que revelan un profundo conocimiento del con trapunto y realzan la perfeccion, la vitalidad, la energía y los efectos de la melodía; gran delicadeza de expresion, ya grave y reflexiva y severa, ya risueña, poética y dulce, segun conviene al objeto y al sentimiento fundamental de cada composicion; en un palabra, allí se descubren todos los caracteres de una soberana hermosura musical y las señales de una fantástica é inspirada imaginacion.

Su estilo varía conforme corresponde á la índole y naturaleza de cada asunto; observándose despues de un ligero exámen de sus obras que conocía profundamente á Haydin, Mozart, Beethoven, Querubini, Mercadante, Gluch, Greta, y sobre todo á Rossini, Bellini y Donizetti, que debieron ser los modelos favoritos á quienes imitó constantemente en la dulzura y novedad de las melodías, en la frescura del colorido, en la riqueza de la armonía, en la grandiosidad de los preludios y en la animacion y floreo de sus gozos y villancicos. Tales son los rasgos distintivos que á primera vista se perciben en las composiciones del insigne músico Señor. Blanco, las cuales le colocan sin duda alguna á la altura de los grandes maestros de España.

Aún podríamos añadir algunos otros datos relativos á las bellas artes; pero consideramos que la sumaria noticia que acabamos de presentar sobre arquitectura, escultura, pintura y música sea suficiente para formar idea de las bellezas que pueden admirarse en la catedral de Santo Domingo de la Calzada.

IGNACIO ALONSO MARTINEZ.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuacion)

—¡Vaya! Eso es tan sabido como el Padre nuestro.

—Pero lo bueno es esto. ¿Por qué hace ahora tapizar de terciopelo todas las paredes interiores de su casa? Yo he oido decir que quería ahogar á su mujer allá dentro.

—¡Es muy capaz de eso!

—Pero ¿y el marqués?—preguntó la señora Soliman, ¿qué dice á todo eso?

—El marqués...—repondió Vivé—¡pobre señor! Sin que sea visto faltarle al respeto que le debo, está como imbécil desde que ha desaparecido la señorita Blanca. Dice que va á dirigirse al rey... Pero ¿qué puede el rey contra un hechicero?

Deciros la satisfaccion experimentada por todos y cada uno de los miembros del círculo Mormichel-Babedor, al internarse en este Océano de misteriosas habladurías, fuera cosa imposible. Por otra parte, los acontecimientos á que se había hecho alusion ocupaban la atencion de Rennes toda entera. Nadie llamaba ya al conde Enrique de Lacuzan sino por el nombre de Barba-azul.

Lacuzan había secuestrado á su mujer: esto era un hecho indudable.

¿Por celos? ¿Por alguna otra causa? No se sabía con toda exactitud, pero lo cierto era que la tenía rigurosamente aprisionada en su castillo del Grail, donde él se había encerrado como en plena edad media con víveres y guarnicion.

Su guarnicion se componía de los veinte hombres que había traído de las orillas del Danubio, á quienes se había llamado desde muy atrás los dragones de Lacuzán.

¿No tenía en todo esto materia bastante para hacer comentarios una ciudad murmuradora, desde la mañana á la noche?

Pero no era esto sólo.

A este hecho, de suyo tan singular, venía á juntarse toda una série de hechos todavía más extraños.

Eralo en primer lugar, el inexplicable capricho de hacer cubrir de terciopelo todas las paredes del castillo. La relacion del suizo Vivé, era verdadera en el fondo, y ni siquiera era ya muy fresca. Desde hacía quince dias, el castillo del Grail había cambiado de nombre, y era llamado por el pueblo, por la clase media y por la aristocracia de Rennes la Sepultura de Terciopelo.

Despues, lo era la desaparicion de Blanca de Noyal en el momento en que iba á casarse con el joven Alberto de Coétlogon, desaparicion súbita de que todo el mundo había tenido noticia desde el dia siguiente y que nadie había sabido explicar.

Despues...

Mas dejemos hablar al noticiero Vivé.

—Yo he tratado de entererme, como pueden ustedes figurárselo,—continuó,—pero los criados no saben nada más allá de lo que sabemos nosotros. Hay toda una parte del Castillo de Terciopelo servida única y exclusivamente por esos grandísimos pillos de esos turcos que Barba-azul tenía disfrazados de dragones. La doncella de la señora condesa ha desaparecido en lo profundo de un pozo. Lo que pasa allá en los departamentos reservados, preguntenselo ustedes á los veinte infieles. El joven señor de Rieux, que ha querido saberlo, ha recibido una bala de carabina en las espaldas, y los carboneros le han encontrado el jueves de la semana pasada revolcado en su propia sangre en lo más hondo del foso.

Esto también era cierto.

Rieux, antiguo pretendiente de María, había sido herido de noche en los fosos del terrible Castillo de Terciopelo.

—Y figúrense ustedes,—continuó Vivé con indignacion,—que despues de todo esto y de todo lo demás, Barba-azul ha tenido la desfachatez de presentarse la semana pasada en el baile del señor Gobernador de la provincia.

—¡Cá!—dijo el círculo, llegado al paroxismo de la curiosidad.—¿Es posible?

—Y ha entrado de gran uniforme de coronel, con la cruz de la orden, la espada á la cintura, y el casco en la cabeza.

—Lo que es en cuanto al uniforme—interrumpió la señora de Soliman—es un uniforme precioso.

—Silencio,—dijo el coro.

—¡Puede imaginarse una cosa como esta!—prosiguió el portero.—¡Barba-azul en casa del señor Gobernador! Nadie le hablaba. Todo el mundo tenía miedo. Se paseaba por los salones flaco y del todo pálido como está desde hace algun tiempo, con los ojos hundidos y biliosos, como un vampiro sediento de sangre humana... ¿Recuerdan ustedes lo arrogante que andaba otras veces?... Pues ya no es él ni su figura... Veán ustedes, ahora está cobarde, cobarde como una liebre...



—¡Vamos, eso no es posible!—dijo la peluquera.
—Ya comprenden ustedes,—continuó Vivé sin hacer caso de esta interrupción,—que aquello no podía durar. Aquellas señoras, la vizcondesa de Galirouet, la vizcondesa de Margamel y otras varias, comenzaron á azuzar á los caballeros al ver la insolencia de Barba-azul. Poco á poco les fueron calentando las orejas, hasta que el señor Talbouet concluyó por gritar desde un extremo á otro del salón:

—Corde, ¿cómo está la condesa?

Barba-azul se puso verde. Y esto era lo que quería el caballero Talbouet, que atravesó gallardamente el salón para ir á repetirle la pregunta en sus barbas, como quien dice.

—¿Y Barba-azul? ¿qué contestó?—preguntaron veinte voces al mismo tiempo.

—A lo primero hizo de valiente y murmuró no sé que palabras. «Usted métase en sus asuntos,» ó «á usted nada le importa.» Pero Talbouet le volvió la espalda llevándose la mano á cierta parte... ¿entienden ustedes?...

—¡Uf, qué bonito,—dijo una de las Trecoché,—un señorito que lleva la mano al trasero!

—Y entonces,—continuó Vivé,—Barba-azul, con ser todo lo Barba-azul que es, se metió la lengua en la faltriquera.

—Un hombre que es bastante cobarde para pegar á su mujer,—dijo la discreta Guillermina,—es natural que no tenga valor para defenderse contra el sexo fuerte.

Corría el rumor en Rennes de que Guillermina Barbedor, abusando de la superioridad de su estatura y de sus fuerzas, zurraba cruelmente al feo y diminuto Mormichel, su marido.

Vivé continuó:

—Delante de todos aquellos señores, y delante de todas aquellas damas, el buen Barba-azul tomó la puerta sin decir una palabra, y desapareció más ligero que había venido. ¿Qué les parece á ustedes de esto?

Aquí también debemos confesar, que el suizo del palacio de Noyal decía verdad, salvo algunos detalles. Lacuzan había sido insultado en los salones del señor Gobernador de la provincia, y Lacuzan se había retirado ante el insulto, pálido y callado.

¡Lacuzan, el soldado del Danubio! ¡El hombre que se había batido cincuenta veces, y había llevado siempre su valor, mejor dicho, su temeridad hasta la locura!

Nadie ignoraba que bajo una apariencia sosegada y fría, ocultaba Lacuzan una audacia la más extraordinaria que pudiera imaginarse.

Y ahora, sin embargo, bajaba la cabeza en silencio, no ya ante uno de esos insultos que cualquiera tiene derecho de despreciar, no ya ante uno de esos caballeritos á quienes se les vuelve la es-

palda si es que no se les da un puntapié por toda respuesta, sino ante un insulto calculado, y ante un Talbouet.

Talbouet era de mejor familia que Lacuzan, y por consiguiente no tenía éste por qué hacer melindres.

Era, pues, menester que Lacuzan se sintiera muy culpable, ó que estuviese muy abatido.

—¡Mas ahora va lo, mejor!—exclamó el portero frotándose las manos.—Todo lo que hasta ahora les he dicho á ustedes, hubieran podido saberlo ya, porque son cosas que corren de público por la ciudad; mientras lo que voy á decirles...

Aquí se detuvo repentinamente poniéndose el dedo sobre la boca.

—Y eso que, mejor pensado—añadió,—no se lo voy á decir á ustedes.

—¡Ah, señor Vivé, señor Vivé!—exclamó todo el coro en tono de súplica.

—No, no, señoras y señores míos... eso no sería decente; yo que estoy comiendo el pan de la casa desde hace tantos años...

—Por Dios, señor Vivé: no se lo diremos á nadie.

—¡Palabra de honor!—añadió con sus varoniles voces toda la familia Trecoché,—guardaremos secreto.

El infame del portero se hizo de rogar lo que le pareció, y luego, cruzando las manos sobre el abdomen, comenzó á decir con aire paternal:

—Escuchad, hijos míos: yo estoy enteramente ligado á los Noyal, y les soy muy adicto. Es menester pues que me prometáis no ir haciendo hablillas por ahí afuera (ruidosas protestas). Bien, bien, ya sé yo que no sois vosotros de esas malas lenguas. Ved aquí pues lo más grave. No es que haya nadie llevado á la señorita Blanca: es que ella misma se ha escapado para ir á reunirse con Barba-azul.

Un grito de horror general vino á responder á estas palabras.

—Pero entonces,—exclamaron á la vez todas las mujeres,—¿ella ha debido tomar parte en el asesinato de su infortunada hermana!...

—Pero entonces... ¡todo eso es un abismo de abominaciones!

—Pero entonces... pero entonces...

¡Ah, Dios mío! Yo no me atrevo á decir por menudo todas las infamias que allí se imaginaron. La historia de la familia de Altrea, era un cuento-moral comparada con el espantoso embrollo inventado durante la sesión por los chalanos de la *pelota grande, y la gran zanahoria reunidas*. Aquello era para hacer poner los pelos de punta.

Vivé pretendía calmar la tempestad.

—Vaya, vaya, señores míos,—decía,—ustedes me han dado palabra de no hacer por ahí hablillas sobre ello. Consideren ustedes mi posición: conside-

ren que una sola palabra, podría ponerme de patas en la calle.

—Usted sabe algo más todavía,—replicó el coro,—nosotros queremos saberlo todo.

—Pues bien; verán ustedes lo que ha pasado. Es del dominio público que el joven Alberto de Coetlogon, primo del teniente de rey, estaba para casarse con la señorita Blanca.

—El día que le ocurrió esa idea,—interrumpió Guillermina Barbedor de Mormichel,—hubiérale valido más tirarse á un pozo.

—Hasta ahora,—continuó el portero,—se había creído que la señorita Blanca no deseaba otra cosa en el mundo.

—¡Cá, nada ménos que eso!—exclamó la señora de Soliman,—tiempo hace ya que la Blanquita llamaba á Lacuzan, «amigo mío,» «mi íntimo amigo.»

—Sí, sabido es lo del retrato,—añadió una de las Trecoché.

—En fin,—continuó Vivé,—todo eso pertenece ya á la historia antigua. Yo no hablo sino de lo más fresquero. Ya habrán oído ustedes decir, que el señorito Alberto de Coetlogon se ha batido el lunes en desafío con el caballero Talbouet, ¿no es así?

—En las cuevas de San Ciro,—dijo la Soliman.

—Y que Talbouet salió herido en un brazo: ¡pobre muchachó!

—Y el joven Coetlogon, con una cortadura en la mejilla.

—Lo que es eso,—observó una de las Trecoché,—á mí no me disgusta el que un hombre tenga señales en la cara: eso prueba que tienen algo en el costado izquierdo.

—Y ¿cómo podríamos ignorar todo eso,—preguntó Guillermina con arrogancia,—cuando la señora del cirujano Tirou compra el tabaco en mi casa?

¡En mi casa, decía! ¡Infeliz Mormichel!

—Después de la escena del sábado á la noche entre Talbouet y Barba-azul,—continuó Vivé,—la señorita Blanca estuvo toda la noche llorando. A la mañana me envió á casa del señor Coetlogon, quien acudió al palacio á eso de las diez. La señorita Blanca y él hablaron tan largo rato, que se hizo medio día, y el marqués le invitó á comer; pero el señorito Alberto, en lugar de sentarse á la mesa, se fué á buscar al señor Talbouet, á quien encontró en la plaza del Consistorio, y le desafió sin más ni más, para el día siguiente por la mañana.

El coro soltó el trapo á reír.

—¡Vamos!—dijo la peluquera Soliman.—El tal Coetlogon tiene por lo visto muy buena índole. ¡Batirse por Lacuzan!

(Se continuará.)

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

SECCION DE ANUNCIOS

LA ILUSTRACION CATOLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante *Revista*, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de *dos reales* en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de *cuatro reales* por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA; calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieren entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION

CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

IMPRENTA

Se vende una, muy surtida de caracteres ordinarios, titulares, filetes de zinc para rayados, ramas, platinas de hierro, cajas, chivales, galeras, galerines y cuantos útiles se necesitan en un establecimiento de esta índole.

También hay una prensa de hierro. Se venderá todo en globo ó al detall, según convenga, en las oficinas de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4.

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.

ALMANAQUE

de la *Gaceta Agrícola* del Ministerio de Fomento,

PARA EL AÑO DE 1879

Se vende en la Administración, Cervantes, 19, bajo.

Ayuntamiento de Madrid

La ley de instrucción pública, discutida en España en 1878. Discursos y documentos por D. Carlos María Perier, Diputado á Cortes.—Un tomo en 8.º mayor, de 200 páginas. Se vende en las librerías de Olamendi y San Martín.—Precio dos pesetas.

CALENDARIO PIADOSO PARA 1879

REVISADO EN LA PARTE LITURGICA POR D. MIGUEL MARTINEZ Y SANZ

Se vende este libro de 326 páginas, á 4 rs. en la imprenta de D. Antonio Pérez Dubrull, editor, calle de la Flor Baja, núm. 22, á donde se dirigirán los pedidos, y en las librerías de los señores Olamendi, Aguado, Tejado, Hernando, Lopez, Sanchez Rubio, Guío, Gaspar y Roig, Fé, Bailly-Bailliere, Viuda de Escribano, Hijos de Sanchez, San Martín, Libro de Oro, Perdiguero y Villaverde; y en las principales de provincia.

LOS MAYOS

CUENTO ORIGINAL DE COSTUMBRES POPULARES

DE SIERRA DE ALBARRACIN

POR

D. M. POLO Y PEYROLON

Se vende esta novelita á peseta el ejemplar, en la librería de Perdiguero, San Martín, 3, en la Administración de la *Revista Popular*, Pino, 5, bajo, Barcelona, y en casa del autor, Seminario, 9, Teruel, el cual la remitirá por el correo sin certificar y sin responder del extrá, á todo el que le remita su importe, más un sello de comunicaciones de 5 cent. de psta.